



Penteo, interpretado por Domingo Cruz, es asediado por las bacantes en un momento de la representación de la tragedia de Eurípides. / JERO MORALES

De 'after-hours' con Eurípides

Mérida acoge un cóctel inédito: una representación de 'Bacantes' con la música en directo de Matthew Herbert, uno de los productores de electrónica más influyentes

SILVIA HERNANDO
Mérida

Sexo, drogas y electrónica compuesta y tocada en directo por el dj Matthew Herbert. Este potente y embriagador cóctel se sirve en Mérida entre el 16 y el 19 de agosto, y no precisamente en una discoteca o un pub. El telón de fondo es el impresionante y bimilenario teatro romano de la capital extremeña, que acoge estos días la 58ª edición de su Festival de Teatro Clásico. La ocasión la pinta la representación de la obra póstuma del dramaturgo griego Eurípides, *Bacantes*, que indaga en el mito del letal enfrentamiento entre Dioniso, el tramposo dios del vino, y su primo Penteo, el monarca tebanos ciego en su ofuscación por caminar sin tropiezos por el recto camino de la moral consuetudinaria.

Rodeado de sus fieles bacantes, las mujeres consagradas a los ritos dionisiacos de alcohol y lujuria, el dios, hijo de Zeus y una humana cuya muerte desea enfervoradamente vengar, es poseedor de la llave que abre las puertas hacia lo trascendental. La catapulta que lanza a ese estado de sublimación es el arte de la música, a cuyo ritmo danzan frenéticamente las seguidoras de la deidad, inmersas en el estado narcótico al que este las induce. "Leyendo las palabras de Eurípides se me venía todo el tiempo a la mente la noche y la fiesta", explica Domingo Cruz, el actor que interpreta a Penteo, además del cerebro detrás de esta hibridación de una



Matthew Herbert, durante el ensayo general de *Bacantes*, el miércoles en el teatro romano de Mérida. / J. M.

obra clásica con música moderna. La electrónica, con sus inherentes drogas de diseño y subsiguientes bailes desaforados, tiene mucho que ver con aquellas bacanales donde se desinhibían, en un paréntesis en la rutina, los modales y los afectos.

Apuntalada, como señala el actor Crispulo Cabezas, quien da vida a Dioniso, "en la energía y en la

sensación más que en el texto", la pieza pretende inflamar las emociones a través de la fusión sensual de la visión de los cuerpos en magnético movimiento de los intérpretes con las melodías creadas por Herbert. Estas, casi omnipresentes durante la casi hora y media de representación, han sido compuestas, a excepción de la percusión, a base de sonidos reali-

zados por los 14 actores de la función, a quienes el dj grabó frotándose, golpeándose y profiriendo gemidos de dolor o placer. "Es un híbrido entre la experiencia humana y la electrónica", explica el músico británico, también ducho en teatro, materia que estudió en la universidad. Por los oídos, esa mezcla entra unas veces como una suerte de rumor oscuro y ex-

tático; otras, en los momentos de mayor exaltación, como un ritmo punzante y entumecedor, similar al runrún cíclico de una rave.

Con un sentido de lo musical que le impele a evitar lo pregrabado para moverse hacia lo orgánico, el uso de la piel como material artístico por parte de Herbert demuestra en esta *Bacantes* un verdadero esfuerzo de inmersión en las profundidades de la creación; una incursión en pos de lo esencial. Surgida de un trabajo de meses, durante los que Herbert desde Inglaterra y el equipo en España se pasaron imágenes y sonidos a través de Internet, la música no convergió con la representación y su contexto en el teatro romano hasta el día antes del estreno, en el ensayo general. "La forma me resulta ahora mucho más clara", aseguraba Herbert tras el primer contacto, "así como el sentido de la tensión, porque mantenerla durante 90 minutos es difícil".

Frente al proscenio donde permanecerá apostado el popular compositor con su mesa de mezclas durante las cuatro funciones, una sexualidad enajenada, guiada por la furia de una desnudez casi animal, domina los instintos de un elenco subyugado, incluso en el caso de los dos protagonistas, a las pulsiones femeninas. "La gente que lo ve no se queda con una idea muy clara de lo que ha visto", cuenta Cabezas, "es una apuesta arriesgada, muy potente, pero hay que venir con una idea virgen". Flotando sobre la razón de ser de la propuesta, pende la proverbial dicotomía nietzschea-



na de lo apolíneo frente a lo dionisiaco, la contraposición del equilibrio y el caos; de la serenidad y el impetu.

En la adaptación del texto que ha realizado Carlos Álvarez Ossorio existen algunas diferencias con el original: "La dramaturgia y el concepto del texto no es la historia del coro asiático, sino la del coro de ciudadanos tebanos que aparece fuera de escena en el texto de Eurípides, quienes son hipnotizados por Dioniso". Junto a la contemporaneidad de la música, el también director de la pieza aprecia igualmente signos de actualidad en las palabras plasmadas por el dramaturgo griego, cuya creación se estrenó después de su muerte, en el 405 a. C. "Se habla del enfrentamiento de fuerzas de manipulación: por un lado está Penteo, que quiere mantener las cosas como están. En el otro está Dioniso, que lleva un mensaje de amor pero no deja de ser un terrorista. Y en el medio queda el pueblo, al que se usa como moneda de cambio y tiene que sufrir las consecuencias".

Con el imponente coliseo emeritense como telón de fondo, este

Herbert: "Una obra griega con música de un inglés; es un hijo bastardo"

"Más que en el texto, se basa en la energía y en la sensación", dice el protagonista

espectáculo de lucha de contrarios se licua en un todo en el que nada parece dejar grumo. Y eso a pesar de las obvias ironías que lo rodean, y que Herbert destapa con elocuencia: "Es una obra griega, en un teatro romano y una ciudad española, con un músico inglés. Es como un hijo bastardo". Agitado en su justa medida, el brebaje combina bien. Y no deja resaca.

Como promotor de la idea, tal vez Cruz sea quien más desasosiego debiera sentir ante la reacción de unos espectadores acostumbrados a ver versiones más canónicas de los textos clásicos. "Me gustaría que el público teatral tuviese una experiencia musical, y que el público musical tuviese una experiencia teatral", suspiraba antes del ensayo general. Llegado el día del estreno, bajo un bochorno que hacía agitar casi al unísono los abanicos del auditorio, que llenó unas tres cuartas partes de sus casi 3.000 asientos, los asistentes parecieron disfrutar de ambas vertientes de la función. Matthew Herbert, que saltó al ruedo cubierto con una, en apariencia, poco refrescante capa monacal, también dejó caer su conclusión sobre lo que significa esta inédita propuesta. "Es un espectáculo en el que todo influye: la luz, el texto, el hecho de que se represente de noche, al aire libre. Y, por supuesto, la arquitectura hace buena parte del trabajo. A eso yo le añado una atmósfera, y creo que el resultado da lugar a algo inquietante. Una sensación en cierto modo fantasmagórica y a la vez hermosa".